

DOS ACONTECIMIENTOS ECLESIALES

En la Iglesia hemos vivido estos últimos meses unos acontecimientos de primera magnitud. Todo empezó inesperadamente, aquel 11 de febrero en un consistorio para la Causa de los Santos, cuando Benedicto XVI anunció con pocas palabras, pero diáfanas y precisas, además en latín, que renunciaba a su ministerio de obispo de Roma y de sucesor de san Pedro, renuncia que se haría efectiva el 28 del mismo mes a las 20 horas.

Llevábamos casi seis siglos sin que un papa ejerciera este derecho que le reconoce el canon 332.2 del CIC. La renuncia al oficio de obispo de Roma es un hecho no solo perfectamente posible desde el punto de vista teológico, sino también canónico. Y Benedicto XVI ha ejercido este derecho por la causa que él mismo explicitó por dos veces en aquel breve texto. Afirma que lo ha reflexionado en conciencia ante Dios y que libremente declara que renuncia. ¿Por qué? Emplea dos adverbios muy importantes: porque no puede continuar ejerciendo su ministerio ni *bien* ni *adecuadamente*, dada su avanzada edad y la disminución del vigor tanto del cuerpo como del espíritu.

Después de la sorpresa inicial, vino la reflexión. La renuncia de Benedicto XVI pone de relieve su profundo amor a la Iglesia y su deseo de servirla como siempre ha realizado. Considerando que no podía hacerlo ni bien ni adecuadamente dadas las exigencias de la evangelización y las circunstancias de nuestro mundo, él, que había aceptado generosamente el ministerio petrino en su día, en conciencia consideró que debía renunciar. Ello pone de relieve la exquisita humildad y la clara coherencia del papa.

Con ello, Benedicto XVI nos ha dado el testimonio de servir a la Iglesia y no de servirse de la Iglesia, que nos puede ayudar a todos, especialmente a los clérigos. Como Jesús, que no vino a ser servido sino a servir.

A partir del 28 de febrero a las 20 horas, empezó la sede vacante de Roma. Y toda la Iglesia oró intensamente por el papa emérito y por el cónclave que elegiría al nuevo obispo de Roma y sucesor de Pedro.

Todo, o casi todo estaba previsto en la Constitución Apostólica *Universi Dominici gregis*. Pero no contemplaba una sede vacante por renuncia del papa. En esta hipótesis, Benedicto XVI, aún en sede plena, firmó un Motu propio estableciendo la posibilidad de que los cardenales electores pudieran acordar avanzar la fecha del cónclave. Y, estando todos presentes, así se hizo.

Martes 12 de marzo, inicio del cónclave en la capilla Sixtina. Los miembros del pueblo de Dios oran insistentemente, los cardenales electores trabajamos, reflexionamos, rezamos y el Espíritu Santo está muy presente y activo en el cónclave. El día siguiente a última hora de la tarde, el cónclave da *fumata bianca*, ofrece un nuevo obispo a la Iglesia de Roma y un nuevo papa a la Iglesia universal; el que más le conviene en nuestros días. E inmediatamente el pueblo creyente y no creyente así lo percibió y lo está percibiendo.

El cardenal Jorge Mario Bergoglio no figuraba en las listas de los medios. Una vez más se ha hecho realidad el dicho popular: «Quien entra papa en el cónclave, sale cardenal». Porque el Espíritu Santo trabaja en el cónclave. Pero ¿qué tipo de asistencia tiene el Espíritu Santo? Durante aquellos días, Salvador Pié escribió sobre este particular. El Espíritu Santo está presente en la vida eclesial en general, y en nuestro caso en el cónclave, teniendo en cuenta que los cardenales electores no son puros instrumentos directos del Espíritu Santo, sino que realizan su misión como causas humanas segundas, es decir, con directa y propia responsabilidad y libertad sobre sus actos, iluminados siempre por el mismo Espíritu.

Pero, ¿cómo es esta iluminación? El Espíritu Santo comunica su don de la gracia a los cardenales electores con una función que

purifica y cura de las posibles imperfecciones, intenciones y secuelas de mal y de pecado que pudiesen existir. Asimismo, el don del Espíritu tiene una función que fortalece y eleva en todos los cardenales electores sus mejores valores cristianos y humanos. Y es aquí donde se sitúa el lugar de la oración por los cardenales para que se abran lo más posible al don del Espíritu del Señor para que usen su libertad de forma recta y responsable para discernir el mayor bien de la Iglesia en la elección del nuevo obispo de Roma y sucesor de Pedro.

Un cónclave con muchas novedades. El primer papa jesuita, el primero que toma el nombre de Francisco y el primero procedente del continente americano, después de más de quinientos años de presencia de la Iglesia en aquel continente que cuenta con más del 40% de los católicos del mundo. Novedades que son augurio de renovación en la Iglesia para que esta, ha dicho el papa Francisco, transparente más y mejor a Jesucristo. Y también son sus palabras: «¡Cómo desearía una Iglesia pobre para los pobres!».

Su corta andadura le ha permitido entrar en el corazón de los creyentes y no creyentes. Es un don de Dios que hemos de agradecer al Señor y también a él porque aceptó generosamente aquella elección del 13 de marzo. Unimos al agradecimiento la oración constante y afectiva por su persona y su ministerio. Papa Francisco *ad multos annos!*

+ Lluís MARTÍNEZ SISTACH
Cardenal arzobispo de Barcelona